

January 2015

El docente universitario: profesor y maestro

Padre Gerardo Remolina Vargas, S. J.

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, gremolina@javeriana.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Remolina Vargas, S. J., P. (2015). El docente universitario: profesor y maestro. Revista de la Universidad de La Salle, (67), 13-30.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El docente universitario: profesor y maestro

Padre Gerardo Remolina Vargas, S.J.*

■ Resumen

Esta reflexión se contextualiza a partir de la idea de universidad comprendida en su triple caracterización como universidades de primera generación, universidades de segunda generación y universidades de tercera generación. Tal aproximación crítica permite el paso al planteamiento, según el cual de la idea que se tenga de universidad dependerá el perfil del profesor y del maestro universitario. De esta manera, se desarrolla un perfil de docente universitario que conjuga los distintos rasgos del profesor de una universidad de primera, segunda o tercera generación, y las notas propias de un maestro cuya tarea principal es transmitir vida, educar. La conferencia en su conjunto argumenta que el eje fundamental de la calidad de una universidad, su columna vertebral, la constituye su cuerpo docente e investigativo.

Palabras clave: idea de universidad, docente universitario, profesor, maestro.

* Exrector de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: gremolina@javeriana.edu.co

La calidad de una universidad, según los criterios del Consejo Nacional de Acreditación (CNA), se mide fundamentalmente por la integración de los 10 factores que todos nosotros conocemos. Pero en realidad el eje fundamental de la calidad de una universidad, su columna vertebral, la constituye su cuerpo docente e investigativo. No son los edificios, ni los laboratorios, ni los recursos académicos y económicos (todos ellos de gran importancia como instrumentos), sino los docentes, que como profesores y maestros determinan la alta calidad de una institución universitaria. A estas dos características del docente universitario —como profesor y maestro— dedicaré las reflexiones de la presente intervención, teniendo como telón de fondo la “idea” de universidad, porque de esta idea dependerá el perfil del profesor y del maestro universitario.

La idea de universidad

Dos son las ideas principales de universidad que quisiera considerar. En primer lugar, la idea de universidades humanísticas, cuya finalidad principal es la investigación y la educación. Estas universidades son denominadas hoy también universidades de segunda generación, para distinguirlas de las de “primera generación” o universidades medievales, cuya preocupación primordial era la de alcanzar la idea de *totalidad* y del *orden jerárquico* de todas las cosas. En segundo lugar, deseo considerar la idea de universidades denominadas de tercera generación, centradas en la economía del conocimiento y en la innovación. Hay autores, como el premio Nobel de Física (1973), el noruego Ivar Giaever, según los cuales la ciencia llegó a su fin. Ya no hay más qué descubrir; toda la ciencia se reduce a 10 fórmulas matemáticas. Ya no hay más por descubrir, solo por innovar, por inventar.

La idea de universidad basada en la investigación y en la educación

Karl Jaspers, uno de los filósofos alemanes más reconocidos del siglo pasado (1883-1969), dedicó su interés a pensar en la universidad de su tiempo y del futuro. En 1923 y 1946 hizo dos breves publicaciones sobre el tema, y al terminar la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados ingresaron en Alemania, le ofrecieron la rectoría de la Universidad de Berlín, cargo que declinó

por motivos personales: su esposa era judía y este hecho —tan sensible en el momento— podría representarle no pocas dificultades políticas en el ejercicio de su misión. Posteriormente, en 1960, ante la próxima reforma universitaria en Alemania, retomó sus reflexiones sobre la universidad y junto con Kurt Rossmann (científico e investigador en ciencias radiológicas) publicó un volumen titulado *La Idea de Universidad-Delineada para la situación presente* (Jaspers y Rossmann, 1961).¹

Para Jaspers la *idea* no es un concepto racional, fijo y estático, sino una imagen ideal, inspiradora y dinámica, que brota del espíritu, fuente y origen de la cultura. La universidad es delineada, así como una comunidad de profesores y estudiantes comprometidos en la búsqueda incondicional de la verdad. Es el lugar donde ha de desarrollarse de la manera más lúcida y clarividente la conciencia de la época en la cual se vive. “Allí deben confluir como maestros y estudiantes personas que tienen por «profesión» la búsqueda irrestricta de la verdad en cuanto tal, es decir, de la verdad por sí misma. Según él, “Una Aspiración del ser humano, en cuanto humano, es que en algún lugar se dé la investigación incondicional de la verdad” (Jaspers y Rossmann, 1961, p. 1).

La universidad es una escuela, pero una escuela especial. En ella no solo deben dictarse clases: es una institución en la que, a través de la enseñanza de sus profesores, los estudiantes deben ser conducidos a participar de la actitud investigativa de sus profesores y llegar así a adquirir una forma de pensar científica que determine su vida. Según esta idea, los profesores tienen por “profesión” transmitir la verdad a través de la ciencia, y deben tener la libertad de buscar y enseñar la verdad, independientemente de deseos y orientaciones que provengan de fuera o de dentro y que pretendan imponer límites por la búsqueda de la verdad. Esta es su “profesión”: buscar y enseñar la verdad, y deben ejercerla. A su vez, los estudiantes universitarios durante el tiempo de sus estudios tienen por “profesión” seguir críticamente la investigación y el espíritu investigativo de sus profesores (Jaspers y Rossmann, 1961, pp. 2 y 3).

¹ Las citas son traducción propia.

No obstante su fuerte convicción acerca de esta idea de universidad, Jaspers es consciente de los cuestionamientos que se le hacían en su tiempo, y que seguramente podemos hacerle también en el día de hoy: ¿no se trata de una pura ficción? Si la fuente y la finalidad de la universidad ha de ser la verdad, ¿qué es la verdad? Y si la realización de la búsqueda de la verdad ha de ser promovida, garantizada y realizada por el Estado, ¿acaso junto con ella no tiene el Estado otras finalidades? (Jaspers y Rossmann, 1961).

Para responder a estos interrogantes, con una mirada realista de presente y de futuro, Jaspers señalaba algunos de los aspectos que caracterizaban la situación en la que se hallaba inmersa la universidad del momento (Jaspers y Rossmann, 1961, pp. 3-6). Algunos de ellos son muy semejantes a los nuestros:

1. La economía, la sociedad y el Estado tienen necesidad de fuerzas formadas académicamente. Casi todas las actividades exigen un saber garantizado por la academia, y un saber-hacer que no es únicamente manual y práctico. La masa de los ciudadanos requiere nuevas capacitaciones y, por consiguiente, nuevas asignaturas y carreras académicas.
2. El desarrollo de las ciencias tiende cada vez más a la especialización, lo que lleva a una enorme multiplicación de materias, tanto técnicas como investigativas.
3. La universidad se ha convertido en un agregado de Facultades cuya universalidad, que nunca se realiza, se reduce a abarcar el conjunto de dichas escuelas.
4. La afluencia masiva de estudiantes hace la labor docente más difícil por la falta de espacios apropiados para la enseñanza, de un adecuado salario para los docentes y de medios pedagógicos suficientes. Además, la masificación de estudiantes debilita la solidaridad de la comunidad académica en la búsqueda incondicional de la verdad y conduce a llevar a todos a un mismo nivel.
5. La financiación de los estudiantes por parte de los padres de familia se hace cada vez más difícil y el Estado debe proveerlos de auxilios para los que no tienen recursos suficientes.

6. Considerada la situación en su conjunto, no puede negarse que se da una disminución del nivel personal, tanto en los estudiantes como en los docentes.

Por otra parte, según el mismo Jaspers, si se miran las cosas desde un punto de vista sociológico, los estudiantes en su mayoría no proceden de una tradición familiar espiritual y cultural. Por lo general, están insuficientemente preparados académicamente; su preparación es muy desigual y no tienen la fuerza para crear una atmósfera espiritual comunitaria. Estudiantes de esta procedencia necesitan no solamente un continuo acompañamiento y consejería para el estudio, sino también una orientación en y para la vida.

Obviamente, en un escenario semejante, la "idea" de universidad promovida por Jaspers tiene muy poca o ninguna posibilidad. Pero la pregunta que debe plantearse es si frente a la actual situación mundial es posible dar lugar al pesimismo y a la resignación. Según él, lo esencial de aquello para lo cual vivimos, que es la libertad, está ligado a la forma como se enseña, como se forma, como se investiga y como se produce. Y casi a la manera de una proclama afirma: ¡sin verdad no hay libertad, sin libertad no hay paz!

La verdad y la ciencia serán siempre la fuente permanente de donde broten la universidad y la libertad. Por consiguiente, en todos los ámbitos es necesario llevar la verdad a su más alta expresión. A la universidad (estudiantes y profesores) le corresponde conjuntamente con el Estado tomar la decisión: ¿qué tipo de universidad queremos y, por consiguiente, qué tipo de docentes y de estudiantes?

El docente universitario como profesor

Podría pensarse que la visión anterior, un tanto idealista aunque paradójicamente muy existencial, no deja de ser demasiado racional y poco pragmática. Quiero por eso traer a colación otra fuente bastante diferente en su orientación, pero totalmente coincidente con relación a la idea de universidad y a la

consiguiente imagen del docente como profesor. Es la “idea” de universidad de un autor posmoderno.

La idea de universidad sin condición

El filósofo Jacques Derrida, en una brillante conferencia titulada *La Universidad sin condición* (2002), tenuta en la Universidad de Stanford (California) en 1998, sostenía la tesis de que la universidad moderna debía ser sin condición, porque “La universidad ‘hace profesión’ de la verdad. Declara, promete un compromiso sin límite para con la verdad” (Derrida, 2002, p. 11). Esta afirmación fundamental lo lleva a hacer un análisis de lo que significa “hacer profesión” de algo, y a sacar las consecuencias lógicas que de ello se derivan, en concreto para los profesores.

[...] me gustaría -dice- vincular esta problemática de la universidad sin condición a un testimonio, a un compromiso, a una promesa, a un acto de fe, a una declaración de fe, a una profesión de fe. En la universidad, esta profesión de fe articula de forma original la fe con el saber, y especialmente, en ese lugar de presentación de sí mismo del principio de incondicionalidad que denominaremos las nuevas Humanidades [...] Habrá que preguntarse entonces lo que significa “profesar”. ¿Qué se hace cuando, performativamente, se profesa, pero asimismo cuando se ejerce una profesión y, especialmente, la profesión de profesor? (Derrida, 2002, pp. 21 y 22).

“Profesar es dar una prueba comprometiendo nuestra responsabilidad”. Así, por ejemplo, *Philosophiam profiteri* es profesar la filosofía: no simplemente ser filósofo, practicar o enseñar la filosofía de forma pertinente, sino comprometerse, mediante una promesa pública, a consagrarse públicamente, a entregarse a la filosofía, a dar testimonio, incluso a pelearse por ella. Y lo que aquí cuenta es esta promesa, este compromiso de responsabilidad (Derrida, 2002, pp. 33 y 34).

El carácter de incondicionalidad de la universidad con el compromiso por la verdad es algo que se transfiere necesariamente a quienes la conforman, y en primer lugar a sus profesores, o proviene de ellos:

Esta universidad sin condición no existe de hecho, como demasiado bien sabemos. Pero, en principio y de acuerdo con su vocación declarada, en virtud de su esencia profesada, ésta debería seguir siendo un último lugar de resistencia crítica —y más que crítica— frente a todos los poderes de apropiación dogmáticos e injustos (Derrida, 2002, s. p.).

La verdad no es algo que se tiene, que se posee o que se alcanza; es siempre algo que se busca.

La “profesión” del profesor

Si trasladamos estas afirmaciones de la universidad al profesor, un profesor universitario es aquel que hace “profesión de universidad”; es decir, aquel que se compromete públicamente a consagrarse a la universidad, a entregarse a ella, a dar testimonio incondicional de su opción por ella.

Y, ¿qué quiere decir “profesar”? ¿Cuál es la diferencia entre “oficio” y “profesión”? ¿y entre cualquier profesión y la profesión del profesor? ¿Qué quiere decir “profesar” para un profesor? (Derrida, 2002, p. 44). El mismo Derrida se responde: “En el léxico de ‘profesar’, yo no subrayaría tanto la autoridad, la supuesta competencia y la seguridad de la profesión o del profesor, cuanto una vez más, el compromiso que hay que mantener, la declaración de responsabilidad” (2002, pp. 47 y 48).

En conclusión: “La idea de profesión, más allá del saber, del saber-hacer y de la competencia, implica un compromiso testimonial, una libertad, una responsabilidad juramentada, una fe jurada que obliga al sujeto a rendir cuentas ante una instancia que está por definir” (Derrida, 2002, p. 48). Según lo anterior, más que los elementos objetivos: reconocimiento de títulos universitarios, competencia, tiempo transcurrido en la labor universitaria, productos intelectuales, etc., que, desde luego, son fundamentales, lo definitivo es el compromiso con la verdad, con la universidad y con su labor académica; es la “profesión” de universidad que hace el profesor, es el compromiso incondicional con ella y con la búsqueda de la verdad.

¿Cuál es entonces la diferencia entre quien tiene el *oficio* de profesor y quien tiene la *profesión* de profesor? ¿Qué diferencia hay entre el profesor que imparte un saber o profesa una doctrina y entre quien tiene la profesión de profesor y el que hace profesión de serlo? Una respuesta válida a estos interrogantes solo será posible desde la idea que se tenga de universidad.

Esta vocación universitaria de los profesores encuentra su forma normal de realización en la comunidad científica que el profesor ha de constituir con sus colegas y con sus estudiantes. Estos —los estudiantes— han de ser asociados a la búsqueda común, como verdaderos compañeros de trabajo, con sentido de igualdad frente a la verdad, sentido que se ha de manifestar por parte del profesor en una humilde actitud socrática, superando toda postura de superioridad o de dominio.

La comunicación ha de ser el alma de esta relación y la característica propia del empeño común: una lucha amorosa por la verdad, alejada de toda búsqueda de ventajas particulares de prestigio o de poder. Es cierto que existe un escalafón, una jerarquía, una gradación de categorías profesoras, pero, frente a la verdad, todos gozamos de los mismos derechos y tenemos los mismos deberes relacionados con la búsqueda irrestricta de dicha verdad.

Lo anterior exige que el docente tenga una clara conciencia, tanto de lo que acabamos de indicar, como de su vocación educativa y de servicio a la sociedad a través de la educación. Pero antes que nada ha de poseer esa vocación, al menos en un nivel germinal con capacidad de desarrollo. La labor del profesor exige tener un verdadero llamado interior. Este llamado consiste en un deseo ilimitado e irrestricto de conocer la verdad y de comunicarla.

La idea de universidad basada en la economía del conocimiento y la innovación

Diferenciándose de las universidades de segunda generación, cuyo centro es la investigación y la educación, las llamadas universidades de tercera generación²

² Para la idea de universidades de tercera generación, véase Wissema (2009).

tienen por centro el conocimiento y la innovación como motores del desarrollo económico y social. Son las universidades surgidas en la llamada *sociedad del conocimiento*, en la que este es el eje de la economía y del desarrollo. Las universidades de tercera generación se ven exigidas por la dinámica de la globalización por la necesidad de realizar una investigación inter y transdisciplinar competitiva, por las exigencias de la sociedad y de los gobiernos de ser factores de desarrollo tecnológico y económico de los países, por la necesidad de aliarse con la industria, por la competencia que sufren por parte de las empresas, las cuales constituyen sus propios centros de investigación, por el afán de ser cunas de emprendimiento industrial y económico, por el afán de competir en el mundo investigativo y laboral internacional y, por consiguiente, por explotar económicamente su saber-hacer, su *know-how*. Además, la virtualidad les ha abierto nuevas modalidades de transmisión del conocimiento (enseñanza a distancia) para atender a la creciente afluencia de estudiantes.

Las universidades de tercera generación son universidades en red, colaboran con la industria y la investigación privada; son financieras, proveedoras de servicios profesionales y forman un carrusel con otras universidades. Estas son fundamentalmente pragmáticas. Un reflejo de lo que es llevar a la práctica esta idea de universidad es quizás el que muestra el famoso Proceso de Bolonia en el que se ha comprometido la Unión Europea.

Un profesor titular de la Universidad de Maguncia, Marius Reiser, que en enero de 2009 se vio obligado en conciencia a pasar una carta de renuncia a su cátedra para permanecer fiel a sus principios universitarios, comienza su carta con una frase altamente preocupante: “Hubo un tiempo [dice] en que existió una institución llamada universidad [...]” (2009).

Su carta, extraordinariamente crítica, se refiere al proceso de Bolonia que —según él— dio muerte a la universidad alemana. Porque dicho proceso convierte a la universidad en una *fábrica de aprendizaje* con un severo reglamento orientado a garantizar una cantidad mínima de puntos de rendimiento que permita el intercambio de títulos entre los países y así la garantía del ejercicio profesional y de poder obtener un empleo en cualquiera de dichos países.

En este proceso universitario, según el profesor Reiser, se habla de utilidad, nunca del espíritu. De lo que se trata en el nuevo sistema es de “estrategias de marketing”, de “capacidad competitiva”, de “procedimientos de reclutamiento” y “reclutamiento de maestros universitarios” en toda Europa” (no se habla de llamamiento, o de vocación de profesores y estudiantes); se habla del “*management* de las universidades”; de la “creación de un espacio comercial apoyado en el saber”; del “aseguramiento de la calidad”; de la “eficiencia” y la “concepción precisa del estudio”; de “sinergias” y del “potencial para la innovación y el desarrollo social y económico”.

La totalidad del proceso, según Reiser, “está atravesada por el espectro de un triste materialismo y utilitarismo. El estudio es formación profesional: se aprende para un fin determinado, el saber se debe pagar y todo lo demás es tontería esteticista: es esa la filosofía, podríamos decir también, la dogmática, que regula ahora las universidades” (2009).

¿Se trata en esta crítica de una exageración?, ¿de un punto de vista sesgado?, o ¿solo quizás de una forma de aplicación de la idea de universidad de tercera generación? Bolonia no es nuestro problema, al menos por ahora. En Europa sabrán o no resolverlo. Sin embargo, es conveniente reflexionar sobre lo que puede ocurrir también en nuestras universidades, y quizás esté próximo a ocurrir o esté ya ocurriendo.

Por otro lado, algunas de las características del docente universitario como profesor de una universidad de tercera generación podrían ser las siguientes:

1. Tener la experiencia de emprendimiento, creatividad e innovación, y saber transmitirla a sus estudiantes.
2. Transmitir de forma práctica la manera de trabajar conjuntamente en proyectos de investigación que se consideren de vital importancia para el futuro competitivo.
3. Poseer la habilidad de buscar la colaboración con empresas orientadas tecnológicamente y de asociarse con instituciones de investigación industrial y de otro tipo.

4. Enseñar a sus estudiantes el emprendimiento y la forma de crear empresas incubadoras de nuevas tecnologías.
5. Enseñar a explotar el *know-how* de los conocimientos.
6. Transmitir en la práctica la capacidad de trabajar inter y transdisciplinariamente.
7. Ser capaces de enseñar con las tecnologías de información y comunicación.
8. Tener la disposición y capacidad para la colaboración y la movilidad internacional.

¿Qué actitud asumir ante esta realidad? Volviendo a Jaspers, él enumeraba en su tiempo cuatro posibles actitudes:

1. Una actitud nostálgica consistente en juzgar según patrones anteriores, lamentándose por todo lo de hoy que está mal, y procurar sobrevivir.
2. Asumir una actitud escéptica con relación a la idea de universidad centrada en la búsqueda incondicional de la verdad, que no se encuentra práctica y por eso resulta ininteligible. No se cree en el ideal, aunque se utilizan sus fórmulas.
3. Dejar que las cosas sigan su marcha tratando de salvar lo que pueda salvarse, y encerrarse en un reducido ambiente protector.
4. Declarar de forma decidida: ¡la idea de universidad ha muerto! ¡Dejémosnos de ilusiones! ¡No tratemos de cazar ficciones! Hagamos de la necesidad una virtud. Conformémonos con un nuevo tipo de ser humano, algo impersonal, término medio, utilizable, que funcione. Planifiquemos y organicemos desde esta perspectiva. Busquemos el éxito preparando trabajadores y funcionarios en todas las ramas de la actividad productiva, económica y social, para las cuales hay que aprender algo y ser competentes en el trabajo (1961, pp. 6 y 7).

El docente universitario como maestro

Sin embargo, las universidades, incluso las de tercera generación, no han renunciado del todo a su función de educar; quizá la hayan relegado a un segundo o tercer término, pero esta sigue de todas maneras vigente en su horizonte.

De todas maneras, en la universidad, cualquiera que sea la idea que la ilumine, una cosa es ser profesor (transmitir conocimientos) y otra ser maestro (transmitir vida). Ser maestro es no solo instruir, transmitir conocimientos, sino educar: “el profesorado está en el corazón de estas instituciones [universitarias]. Su misión es buscar incansablemente la verdad y hacer de cada estudiante una persona completa y solidaria para tomar sobre sí la responsabilidad del mundo real³” (Kolvenbach, 2001).

El maestro, escultor de personas

Cuando pienso en el profesor como maestro, me viene a la imaginación la figura clásica del escultor que arranca a la piedra inerte y sin vida las formas humanas llenas de vigor y de energía, y transforma así el mármol frío en cálida obra de arte. Pienso en Miguel Ángel y en sus famosas esculturas de las *Prisiones* (*Le prigionni*) que se exhiben en la Galería de la Academia de Florencia (Italia). Providencialmente quedaron inconclusas, para que pudiéramos apreciar cómo, al toque del genio y su cincel, las figuras humanas se van liberando gradualmente de la piedra en un esfuerzo titánico por conquistar la vida. Son las esculturas del esclavo que despierta de su prisión, la del joven —aún inmaduro— que se va desarrollando y fortificando; la del Atlas vigoroso que, agobiado por el peso, en un esfuerzo sobrehumano pretende sostener el mundo sobre sus hombros; y la del adulto barbudo, ya sereno y maduro. Pienso en el taller del artista, porque el profesor como maestro es ante todo un artista que, al mismo tiempo que estimula la vida para que emerja y se afirme, ofrece modelos y formas de vida, a fin de que el estudiante troquele su propia figura en un determinado estilo de vida.

El maestro y el espíritu

Al pensar en el maestro y su taller, pienso también en los grandes educadores de la humanidad: en Sócrates y Platón, en Confucio y Lao-Tse, en Buda y Jesús.

³ Discurso pronunciado en 2010 por Peter-Hans Kolvenbach, S. J., superior general de los jesuitas, en la Universidad de Santa Clara (California, Estados Unidos) ante representantes de 200 universidades y centros universitarios de todo el mundo.

Y me vienen a la memoria sus diálogos y en particular el diálogo nocturno entre Nicodemo y Jesús, transmitido por Juan en su evangelio. Ante la desconcertante afirmación de Jesús de que es necesario “nacer de nuevo”, la pregunta obvia de Nicodemo es: “¿cómo puede uno nacer de nuevo siendo ya viejo? ¿Acaso podrá entrar otra vez en el seno de su madre, para volver a nacer?”. La pregunta puede traducirse para nosotros hoy así: ¿cómo podrá nacer de nuevo un joven universitario, a los 18, 20, o más años de edad? Y la respuesta del maestro, lejos de eludir la dificultad, fue todavía más categórica: sí, es preciso nacer del espíritu. La acción del educador, del maestro, es ante todo una labor del espíritu.

Evoco también una tercera escena, la de dos seguidores de Juan el Bautista que intrigados por la persona de Jesús le preguntan: “Maestro, ¿dónde vives?” Y él les responde: “vengan y vean” (Juan I, 35-39). El taller del maestro, su laboratorio, es su propia vida. A su lado es como se aprende, tanto el arte como la ciencia de la vida.

El maestro y el ser de la persona

La labor del maestro tiene que ver ante todo con el ser de la persona del discípulo. Su actividad formativa no se refiere en primer lugar a los instrumentos con que ha de equiparse al estudiante, a sus conocimientos y habilidades profesionales y laborales. Educar es formar y formar es “dar forma”: es organizar las estructuras del ser humano de acuerdo con una determinada concepción o ideal. Es colaborar a que el estudiante pueda “dar forma” a su propia vida; de lo contrario quedará deforme y quizá, peor aún, sin forma. “Educar (según la sentencia atribuida a Pitágoras) no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida”.

El maestro y la interioridad de la persona

Por consiguiente, la formación tiene que ver con la interioridad de la persona. Su estructuración no puede realizarse sino desde dentro, desde los fundamentos de su propio ser. Es necesario acudir a la fuente interior para sacar el

agua viva que bulle dentro. “No quieras ir fuera de ti. Vuelve a tu interior. En el interior del hombre habita la verdad”, según la sabia sentencia de Agustín. Una auténtica formación no es posible sin un intenso cultivo interior, sin una profunda espiritualidad, porque —como dijimos— la formación es, ante todo, un acontecimiento del espíritu. Según la famosa sentencia atribuida a Sócrates: “Educar no es llenar un recipiente, sino encender un fuego”.

El maestro y el corazón de la persona

Hablar de interioridad nos lleva a hablar del corazón, de ese núcleo fundamental de la persona que es no solo la sede de nuestros sentimientos y de nuestros afectos, sino el principio del conocimiento interior. En el corazón anida el amor, y el amor es principio de conocimiento; y no solo es la puerta del conocimiento, sino también lo que nos permite penetrar en él. El corazón es además el lugar donde se preparan y, en último término, se toman las decisiones fundamentales de la vida.

El maestro y la sabiduría

Estrechamente unida a lo anterior, como elemento insustituible de la formación, debe estar la sabiduría. Ella no consiste propiamente en el saber, sino en el saber gustar de las cosas internamente y, desde ese gusto interior, juzgar prudentemente acerca del mundo y de la historia, de las cosas, de las personas y los acontecimientos de manera equilibrada y serena. La sabiduría es mucho más que el conocimiento y que la ciencia. Ciertamente, nuestra sociedad colombiana necesita con urgencia científicos y técnicos, pero necesita con mayor urgencia hombres sabios. Y han de ser sabios los que deseen iluminar a otros y conducirlos por los senderos de la vida. Por ello, el auténtico maestro ha de ser un verdadero sabio. La sabiduría es el fruto maduro de una profunda experiencia espiritual.

El maestro y la comunicación

Educar es fundamentalmente transmitir vida; razón por la cual la comunicación juega un papel imprescindible en este proceso. Esta es el vehículo del espíritu, de la vida interior que se traspaasa del uno al otro. La comunicación conduce a la amistad, a esa sintonía de dos espíritus que debe existir entre el maestro y su discípulo y que los va asemejando mutuamente; comunicación en la amistad, que es un caminar juntos empeñados en la misma búsqueda, no obstante la diferencia de edades y experiencias. Así es como, en la comprensión y la acogida, se estimula el surgimiento del ser del otro y se asiste y presencia su alumbramiento.

Es aquí donde se encuentra la semilla de la vocación del docente que se convierte en maestro; es decir, en alguien que sabe comunicar sus conocimientos con y por amor, con el corazón. En esta dinámica del amor se ubica el servicio; este no es otra cosa que la necesidad de hacer partícipes a los demás, ya no solo del conocimiento teórico, sino también del poder que dicho conocimiento posee para solucionar los problemas concretos de la sociedad. Es, entonces, vocación de responsabilidad; llamada a ejercer la libertad poniendo el saber a disposición de quienes lo necesitan. No se trata solamente de buscar la verdad por la verdad, sino de procurar la verdad para servir.

El maestro y el diálogo

Lo anterior implica una alta capacidad de diálogo, tanto del maestro como del discípulo; pero principalmente, del primero. El auténtico diálogo consiste en saber confrontarse en la diversidad, en la diferencia, con la convicción absoluta de que la verdad no es exclusiva de nadie, que todos poseemos una parte de ella y, por consiguiente, que todos podemos aprender de todos: los discípulos de su maestro y el maestro de sus discípulos.

El maestro y los valores

Íntimamente ligado a la construcción del ser a través del diálogo y de la comunicación, así como a través de la sabiduría, se encuentra el tema de los valores, los cuales implican la capacidad de estimar y apreciar, propia de la sensibilidad interior, que se va conformando en el compartir vital de la convivencia. Los valores, considerados objetivamente, son esas cualidades estructurales de las cosas que producen en nosotros una determinada reacción afectiva de acuerdo con situaciones peculiares, pero sobre todo de acuerdo con nuestra propia visión del mundo (cosmovisión) y del ser humano (antropología). Esa capacidad estimativa se conforma por medio del ejemplo y del testimonio, condición indispensable del formador y del maestro.

El maestro y la libertad

Finalmente, todo lo anterior apunta a capacitar a la persona para el ejercicio de una auténtica libertad que, más allá del simple libre albedrío, es la capacidad de realizar el bien. Ya Kant hacía claramente esta distinción. El libre albedrío dice relación a la acción determinada por la sensibilidad, las pasiones, el placer, la búsqueda de felicidad. La libertad, en cambio, se determina por la razón, por el deber, tiene su asiento en la autonomía o capacidad de darse a sí mismo la ley y de cumplirla; se sitúa en el ámbito no de la individualidad, sino de la humanidad: "Obra de tal manera que tu modo de actuar pueda ser propuesto como modelo para toda la humanidad" es una de las formulaciones de su famoso "imperativo categórico". La libertad consiste, así, en la capacidad de obrar el bien tal como lo indica la razón en el horizonte de la humanidad.

Parafraseando las palabras de Pablo a los Gálatas (5, 13-14) debemos tener la firme convicción de que hemos sido llamados a la libertad; pero no debemos tomar la libertad como pretexto para el arbitrio individual, para dar así rienda suelta a las pasiones. Por ello, conformar el ser de los estudiantes desde la interioridad ofrece la posibilidad de alcanzar la sabiduría y los verdaderos valores humanos; es darles la fuerza necesaria para que actúen de manera responsable y libre. Es equiparlos para actuar el bien.

Pero es necesario recordar que educar siempre ha exigido valentía y esta se exige particularmente hoy en el ambiente falsamente “libertario” donde vivimos, en el que se confunden libertad y albedrío, y este último se constituye en norma fundamental del denominado “libre desarrollo de la personalidad”. Por ello, todo intento de orientación o acotamiento de la libertad frente a los derechos de los otros, o la exigencia del cumplimiento de deberes, se percibe como un atentado contra la libertad, falsamente concebida y entendida.

No hacemos ninguna injuria a la libertad de nuestros estudiantes proponiéndoles grandes ideales éticos y morales, retándolos con los más elevados ideales humanos y procurándoles los medios intelectuales y prácticos para alcanzarlos. Pero en la sociedad en la que vivimos y en la cultura que respiramos se necesita tener verdadero coraje para hacerlo. ¡Es necesario tener la “valentía de educar”!

A manera de síntesis de la figura del profesor como maestro, traigo a colación las palabras del papa Francisco el 13 de febrero de 2014 a los participantes en la plenaria de la Congregación para la Educación Católica:

Quiero limitarme [dice Francisco] a recordar los rasgos de la figura del educador y de su tarea específica. Educar es un acto de amor, es dar vida. Y el amor es exigente, pide utilizar los mejores recursos, despertar la pasión y ponerse en camino con paciencia junto a los jóvenes. En las escuelas católicas el educador debe ser, ante todo, muy competente, cualificado y, al mismo tiempo, rico en humanidad, capaz de estar en medio de los jóvenes con estilo pedagógico para promover su crecimiento humano y espiritual. Los jóvenes tienen necesidad de calidad en la enseñanza y, a la vez, de valores, no sólo enunciados sino también testimoniados. La coherencia es un factor indispensable en la educación de los jóvenes. Coherencia. No se puede hacer crecer, no se puede educar sin coherencia: coherencia, testimonio.

Termino estas reflexiones recordando dos proverbios que condensan una gran sabiduría. El primero de ellos, muy conocido por todos nosotros, reza así: “Nadie da lo que no tiene”. Su lógica es perfecta, pero tratándose del profesor como maestro, habría que reformularlo de la siguiente manera: “Nadie da lo

que no es". El segundo proverbio, menos conocido quizás, dice así: "El maestro nada exige al discípulo que no se haya exigido antes a sí mismo".

Bibliografía

- Derrida, J. (2002). *La Universidad sin condición*. Recuperado de <http://www.ses.unam.mx/curso2010/pdf/M3SI-DerridaJacques.pdf>
- Jaspers, K. y Rossmann, K. (1961). *Die Idee der Universität – Für die genewärtige Situation entworfen*. Berlin: Springer.
- Kolvenbach, P. H. (2001). Discurso pronunciado en 2010 en la Universidad de Santa Clara (California, USA). *Orientaciones Universitarias*, (29).
- Reiser, M. (20 de enero de 2009). Warum ich meinen Lehrstuhl räume. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.
- Wissema, J. G. (2009). *Towards the Third Generation University: Managing the University in Transition*. Cheltenham: Edward Elgar.